

Todo era mixtura y frontera: lo que hoy conocemos como España, antes de conformarse como tal, era el resultado, como cualquier suelo terrestre, de un sinfín de migraciones, invasiones, asentamiento de poblaciones y desaparición de culturas enteras que se sustituían por otras. Bajo el mismo sol que nos alumbra hoy —el mismo que nos ciega el entendimiento al permitir que la Historia y la Literatura se politicen hasta convertir nuestra mirada en fugaces ideologías que castran el raciocinio—, cabe alumbrar un territorio preñado de peligros. La antigua Hispania romana constituía un lugar duro, incierto, violento. Cada pueblo podía recibir el epíteto vulnerable porque había que saber convivir con incursiones armadas o saqueos en un mundo en que cada cual hacía lo que podía para sobrevivir. Piénselo si hoy se le estropea el ascensor o en su despensa se le acabaron las latas de atún.

En semejante clima de inseguridad, donde la muerte podía llegar por la espada en cualquier momento, nacieron las primeras voces literarias, motivadas por una necesidad de expresión, sin duda también de memoria y, acaso, de consuelo. Por eso, las primeras palabras literarias que se pronunciaron —y más tarde se escribieron— en el suelo de lo que hoy llamamos España nacieron al calor de la guerra, en la fragilidad de las fronteras y bajo la sombra de la fe. Era, para qué dudarlo, una tierra desgarrada, diversa, peligrosa —casi tanto como la burocracia y los impuestos que hoy nos atenazan—, donde la pluma comenzaba apenas a abrirse paso entre la lanza y la plegaria en una atmósfera de cristianismo, pecado y castigo eterno.

Por eso, las palabras del libro de Klabund, que inspira este mismo, *La literatura alemana contada en una hora*, esta es: «El comienzo de toda literatura está en el amor», hay que matizarlas o ampliarlas. De hecho, él mismo lo hace al decir:

«El camino hacia el amor se desliza a través del odio, de la lucha y del dolor. El hombre primitivo cantaba el odio contra el enemigo, contra el enemigo de su Dios, contra los raptos de su mujer. Cantaba el dolor de su alma solitaria, perdida en el Universo, y que vuela como un pájaro marino sobre el océano; y únicamente el Sol es su esperanza».

La España de los intelectuales quejicas que decían que escribir en ella era llorar, sentados a su mesa intentando ganarse la vida dedicándose a sus escrituras, indignados de que el mundo no financiara su escribir tranquilamente, tendrían que haber habitado el siglo VIII, cuando, tras la irrupción musulmana en el año 711, la península ibérica se convirtió en un espacio dividido por líneas de poder político, lenguas, religiones, formas de vida. En el sur, se alzaba Al-Ándalus, territorio islámico que, bajo el esplendor del Emirato y luego del Califato de Córdoba, llegó a rivalizar en cultura, ciencia y arte con las más grandes civilizaciones del Mediterráneo. En el norte, los reinos cristianos —Asturias, León, Castilla, Navarra, Aragón y los condados catalanes— resistían y avanzaban lentamente hacia el sur, en lo que la tradición ha llamado la Reconquista, todo un entretejido de batallas, alianzas y tensiones permanentes.

La historia es geografía, ante todo, y la historia de la literatura también tiene que basarse en mapas que nos tracen un camino a seguir hasta donde alguien, sorprendiéndose de una pulsión creativa que le asaltaba en aquel tiempo incierto, en que la raya entre vivir y morir era tan fina, balbuceaba unas palabras que, como si fueran parte de una canción, rimaban unas con otras. Y es que, por descontado, la literatura española —si es que podemos llamarla así por entonces— comenzó como una corriente oral, transmitida de boca en boca, de plaza en plaza, en la voz errante de los juglares. En la península, antes de que el castellano se afirmara como lengua literaria, había una rica variedad de expresiones orales y escritas, en latín y en lenguas romances en formación, que

prepararon el terreno para el surgimiento de la literatura en lengua vulgar.

Por supuesto, durante la Alta Edad Media, el latín era la lengua culta y dominante, heredada del Imperio Romano, hoy una migaja del sistema educativo en calidad de asignatura opcional para los alumnos de 4º de la ESO. En una cultura regida por el poder eclesiástico, la lengua y los conocimientos pasaban por los monjes y los escribas, que copiaban textos religiosos, crónicas históricas y obras de carácter didáctico. Sin embargo, en los márgenes de estos textos comenzaron a aparecer anotaciones escritas en una lengua distinta: una forma primitiva del castellano; las más conocidas son las **Glosas Emilianenses**, breves aclaraciones al margen de códices latinos, escritas en romance (y algunas incluso en vasco), que datan del siglo X y XI.

De alguna manera, todo empezó con un monje de San Millán de la Cogolla (hoy provincia de La Rioja), leyendo un texto en latín y murmurando para sí alguna duda lingüística. Entonces agarraría su pluma y escribiría al margen alguna pequeña traducción, aclaración o nota para no perderse. Algo tan minúsculo e iniciático, naturalmente, no es literatura, pero tal vez sin ese comienzo usted no estaría deseando acudir a su librería de confianza para comprar una novela española de asesinatos confortables o héroes históricos de enjundia hollywoodiense.

Ese primer murmullo del castellano, todavía sujeto al latín, es la primera chispa de una tecnología —la lengua española— que parirá la obra literaria mayor de todos los tiempos, incluidos todos los futuros: *El Quijote*, de modo que, como diría un maratonista, no hay que subestimar la importancia de dar un primer paso hacia cualquier lugar. Y mientras tanto, más al sur —en la intimidad de las cortes andalusíes—, alguien canta al amor y al abandono con versos tan dulces como lamentos: «¿Qué faré, mamma? / Meu alhabib est ad yana» («¿Qué haré, madre? / Mi amado está a la

puerta»). He aquí una jarcha de dos versos, un breve poema lírico de amor (o desamor) que se encuentra al final de unas composiciones más largas llamadas moaxajas, principalmente en hebreo o árabe, pero con fragmentos en dialecto mozárabe. Esta, concretamente, que a veces se cita como Jarcha 14, se atribuye a Yosef ben Saddiq (Córdoba, ca. 1080-1149), poeta, filósofo, teólogo y juez rabínico o dayán.

En las jarchas es una voz femenina la que expone su Lamento de amor —por la pérdida del amado—, por decirlo con el título del poemario de Pedro Salinas. Esta especie de tuits medievales: breves, directos y cargados de emoción, parecieran nacidos de un capricho romántico. Sí, Klabund, la literatura surge del amor, en este caso revelando una sensibilidad, femenina, herida por la espera o la ausencia, que sobrevive entre la tradición culta del poema árabe y la emoción directa del habla popular. Así, aunque escritas en contextos muy distintos, tanto las jarchas —al fin y al cabo, las primeras muestras conocidas de poesía lírica en una lengua romance peninsular— como los cantares épicos nacen de una experiencia común: la de vivir en un mundo escindido, donde el amor, el miedo y la esperanza eran sentimientos tan inmediatos como el riesgo de perderlo todo.

No en balde, entre jarchas y *Glosas Emilianenses*, o *Silenses* —también anotaciones marginales escritas a finales del siglo X o principios del XI, en el Monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos)— se colaba el sonido de una espada. Porque en los reinos del norte ya se cocinaban historias de héroes, muchas hoy perdidas o conocidas solo de oídas. Es el caso del **Cantar de Fernán González** (siglo XIII), en que un conde defiende Castilla —el protagonista se rebela contra los reyes de León; negocia, lucha, conspira y hasta cuenta con el apoyo de santos— cuando aún era más idea que reino, en una época en que cada región tenía su propia organización política, leyes, moneda, lenguas oficiales y dinastías, y que se solía usar la palabra Hispania o las Españas para referirse al